

“El hombre que descubrió la verdad” de León David

Eduardo Mora Anda *

Cuando yo vivía en Buenos Aires, tuve el placer de conocer al escritor dominicano Juan José Jiménez Savater, que escribe con el seudónimo de "León David" y es uno de los intelectuales más sólidos y destacados de la República Dominicana.

Por entonces había la costumbre de nombrar en Buenos Aires embajadores - escritores (se recordará incluso que anteriormente Rubén Darío fue cónsul allí). Y era esto por el singular nivel cultural de esa bella urbe, donde en un solo día puede haber veinticinco o treinta conferencias sobre los más diversos temas, sin que falte público para todas ellas. Pero, bueno, volviendo al tema, por entonces tuve el grato encargo de presentar el libro “El hombre que descubrió la Verdad”, de León David, obra magníficamente editada por Grijalbo-Mandadori, y ahora, al revisar un poco mis papeles, me he acordado de ese grato evento.

Ya antes, hace un tiempo León David había publicado muchos poemas y recogió sus variadísimos ensa-

yos en dos tomos que llevan el entusiasta título de “Adentro”. Esta sola palabra da cuenta del sabio vigor y la alegre pasión con que León David arremete siempre en los temas culturales, con un vigor y una pasión que le ha dado un puesto importante en las letras hispanoamericanas.

En un ensayo titulado “Mi Religión”, León David decía que “Ser religioso es sentir la vida como algo lleno de significación” y que “el lenguaje poético quizá sea el único medio de comunicar con autenticidad la naturaleza de la experiencia religiosa”. “La experiencia religiosa, señala acertadamente, es instante que, sin dejar de ser pasajero tiene sabor de eternidad”... Así pues, en León David, lo religioso es poético, la vida bella es vida religiosa y el verdadero poema es religión y sabor de eternidad.

No sorprende por ello, que el poeta que hay en León David, se haya sentido fascinado con las leyendas y la filosofía taoístas, muy afines a su propio temperamento. Frente

* Embajador de Carrera del Servicio Exterior Ecuatoriano

al formalismo confuciano que estableció las normas del Estado y de la ética china, se dio también el espíritu libre, alegre y fluido, un poco bohemio y travieso del Taoísmo. El Taoísmo ha preferido la flexibilidad y la paradoja, el retiro desinteresado y sabio y la cercanía a la Naturaleza. Es pues una religión de poetas y una filosofía de libres.

“El Hombre que descubrió la verdad”, es una recopilación de sabiduría y altas vivencias que dan buena cuenta de la intensa vida interior del autor. No es sólo un conjunto de cuentos que se podrían forjar con una cierta dosis de fantasía: implican reflexiones, vivencias, respuestas inesperadas, y un cuidadoso estudio del libro sagrado del Taoísmo, el Tao Te Ching. Dice este libro que el Tao es “el refugio de los hombres buenos”.

Luego de escribir parábolas y ensayos, crónicas y poemas románticos y eróticos, León David, que es un hombre bueno, engolfa su buen espíritu en la sabiduría del viejo Taoísmo y en las paradojas de ese viejo agudo que fue Lao Tse. Concebidos como una serie de inquisiciones anecdóticas un poco al estilo de las anécdotas Zen, los cuentos Taoístas de León David tienen dos personajes fundamentales: el maestro y el discípulo. Los discípulos somos todos nosotros, humanos comunes que aspiramos a la verdad y a la felicidad.

Los maestros son los así llamados “inmortales” del Taoísmo. “Los antiguos maestros, dice el Tao

Te Ching, eran sutiles, penetrantes, misteriosos y poco comprendidos, prudentes como los que no quieren ofender a sus vecinos, discretos como los invitados (...) sencillos como la madera sin trabajar, disponibles como un amplio valle.....”.

“El Tao, habla otra vez el Tao Te Ching, desenreda lo enmarañado”. El discípulo buscador formula preguntas muy difíciles: como hallar la verdad, la paz, el amor, la eternidad, la liberación, qué es la felicidad. El sabio inmortal responde con paradojas, con frases desconcertantes e inesperadas. “El que no conoce lo eterno, dice otra vez el texto sagrado, se sume en la confusión y la desdicha, pero quien conoce lo permanente todo lo abarca y quien todo lo abarca puede ser compasivo...”. El Tao Te Ching es paradójico y nuestro amigo a menudo recurre también a la sabia paradoja, una solución que, a veces, es la única que nos muestra la vida.

En la Literatura y la Historia la paradoja ha sido el arte de nombres muy altos, empezando por el propio Jesús y pasando por Cervantes, Quevedo y Jonathan Swift hasta G. K. Chesterton, Unamuno y Borges. Precisamente don Miguel de Unamuno creía que la cristiandad, ya que no sus desviaciones, era paradójica. El Taoísmo es también paradójico pero no de un modo apologético o teológico, sino filosófico.

León David acude a la paradoja y halla en ella la rica cantera

de donde salen las enseñanzas de los sabios taoístas y también de los monjes budistas. El prisionero que conoce la verdad es libre, el libre que huye por temor en verdad está preso; en el aparente poder se esconde la debilidad; la supuesta desgracia conduce a la felicidad... Pero León David fabrica también su propia sabiduría. Dice que “el sueño fabrica la vigilia”, alude a “la despreocupada coincidencia”, sostiene que competir destruye al que compite y afirma que “el amor necesita aire puro” y que sólo ama el que siendo libre para alejarse de uno, permanece a su lado.

Sorprende en estos cuentos la cantidad de nombres poéticos al estilo oriental, que el autor inventa para dar mayor ambientación al relato. Habla, por ejemplo, del Maestro de la Sonrisa a Flor de Labios, del Anciano de la Mirada Penetrante, del Venerable de la Mirada Luminosa, etc, etc y entra en una toponimia fascinante: menciona las Montañas del Viento Aullador, la Selva de los Murmullos Engañosos, el Desierto de la Taimadas Dunas, el Monasterio de la Montaña Deslumbrante, la Gran Selva Umbría, la Ciudad de las Doradas Puertas, el Gran Río Azul... A la final uno se pregunta para qué vivimos y la respuesta parece ser: no vivimos para competir sino para hacer cada cosa alegremente, sin motivos ulteriores, como el agua fluye, como el viento sopla o la flor que se abre.

Aquí está la felicidad. En la acción presente y hermosa. La felicidad no está en las circunstancias, “la felicidad es un estado interior...”. En un fin de siglo y de milenio repleto de craso materialismo y fría mentalidad crematística y consumista, viene este libro a reiterar el afinado lenguaje de la luz espiritual y la libertad que da el desprendimiento. En todas estas páginas el autor nos remite una clara y austera sabiduría, y al espíritu, a lo eterno, a lo que perdura. En palabras del propio León David en otro de sus libros, “Los Nombres del Olvido”: “La rosa que marchita no es la rosa, / no es la que en sombras sus primores mudan./ Rosa es la flor, la eterna, la desnuda / que a la carne se adhiere luminosa”.